

Odiseo



ODISEO

DANIEL DILLA



PLAFON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2025

© del texto, Daniel Dilla, 2025

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-06-4

DEPÓSITO LEGAL: M-27673-2024

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Guillermo Alfaro

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Daniela Forero y Estela Gómez

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A mamá y papá,
por regalarme una habitación propia.*

Y a Volga, por sacarme de ella.

Creo que lo he fascinado, y sé que él me ha fascinado también. Presumo que nos perteneceremos el uno al otro hasta que la muerte ocurra.

MANUEL MUJICA LAINEZ

Cecil

Lo que decimos no siempre se parece a nosotros.

JORGE LUIS BORGES

«Ulrica» (*El libro de arena*)

Me parece muy razonable la creencia celta de que las almas de aquellos que hemos perdido están cautivas en algún ser inferior, un animal, una planta, una cosa inanimada, perdidas hasta el día, que para algunos no sucede jamás, en que pasamos cerca de un árbol y cae en nuestro poder el objeto que es su cárcel. Entonces las almas se estremecen, nos invocan y, tan pronto como las reconocemos, se quiebra el hechizo. Liberadas por nosotros, han vencido la muerte y vuelven a vivir a nuestro lado.

MARCEL PROUST

Du côté de chez Swann

UN PRÓLOGO INNECESARIO,
POR MATEO LEÓN

Odio los prólogos. Odio los prólogos como los odia todo el mundo. Los odia quien los escribe pues peca de ingenuidad, aquella que le hizo pensar que acabaría cobrándolos. Pero también los odia quien los lee pues a nadie le agradan los gases en el estómago, las tareas pendientes, los lunes sobre la ciudad, una cisterna que pierde agua. Esa es la naturaleza de los prólogos: males sobrevenidos, sin solución y, por lo tanto, sin final. Elementos artificiales y molestos que dañan aquello que prologan. Hemos llegado a la primera ley de los prólogos, la gravitacional, formulada así: el daño de un prólogo tras caer sobre una obra es inversamente proporcional a la atracción que la obra siente hacia el prólogo. O formulada en otros términos: la salvación de una obra tras la caída de un prólogo es directamente proporcional a la distancia que, en el mejor de los casos y para alivio de la obra, los separa.

Los prólogos tienen algo de gran infraestructura: ensanchan el mundo, pero a fuerza de empequeñecernos. Hacen del horizonte un mapa desplegado, la colina de Hollywood frente a nosotros y nosotros boquiabiertos, sin habla. Los prólogos son los ojos de un niño cuando el circo mundial llega a su ciudad. En la mirada adulta, sin embargo, los prólogos se revelan como temibles castillos de papel. Los custodian murallas eruditas,

hechas de referencias y notas que son bostezo hoy y olvido mañana. Dada su ambición, asombra pensar que los prólogos no existieran antes de la obra que los sigue, pero es que en el mundo práctico, el de los autobuses sudorosos que siempre llegan tarde, el de los papeleos y los contenedores de basura, resulta que sirven de bien poco. Son construcciones megalómanas y desmedidas: en ellas cabe todo, en el sentido de que están en medio de todo, y no ofrecen nada, en el sentido de que son nada. Llenan un espacio con la promesa de algo que no habíamos pedido; son una celebración narcisista de quien los escribe y, en su interior, sólo hay vacuidad. En el mundo tangible, el de las ojeras y las rotondas y los impresos oficiales, los prólogos revelan la superficialidad de su naturaleza. Son humo y su destino, como el de todos, es ser luz breve y luego desaparecer. Eso son los prólogos: fuegos artificiales de un barrio sin dinero. Hemos alcanzado la segunda ley de los prólogos; la termodinámica, formulada así: la evaporación de un prólogo es proporcional a su altivez.

No sólo son un mal sobrevenido. No sólo son una altivez innecesaria. En su voluntad severa y monolítica, los prólogos ciegan el placer que ofrecen los discursos inesperados o alternativos. ¿Por qué cada lectura debe ser un reflejo de la anterior? Si la repetición televisiva de una jugada sostiene la industria de un bar, si el tiempo rebobinado mantiene la duda sobre el veredicto de una acción, si incluso un primer plano —¡un primer plano!— con la realidad más grande que ella misma, no esclarece la intención de una pierna o de un cuerpo, ¿cómo consensuar un mundo, el de la creación literaria, hecho de imágenes borrosas, de persuasiones, de recuerdos parciales, de estados de ánimo? Alcanzada la tercera ley de los prólogos; la óptica, formulada como sigue: puesto que cualquier miopía es una tergiversación y los prólogos son miopías, entonces cualquier prólogo es una tergiversación.

Corolario a la tercera ley: si asumimos que la escritura de prólogos siempre es tergiversación, ¿puede ser la mano del prologuista, alguna vez, honrada en sus fines? Jamás. La mano del prologuista es la mano endeudada de un tahúr sin suerte, la mano del prologuista es la mano nerviosa que echa el tarot, la mano del prologuista es la mano hipnotizadora de un trilero, la mano del prologuista es la mano que, en las tómbolas de feria, agita promesas vagas de felicidad.

No tienen bastante con su naturaleza de mal sobrevenido, su altivez y su tergiversación. Los prólogos también reflejan una condescendencia arrogante del prologuista, como de matón ilustrado. El prologuista vincula *su* texto —nótese el énfasis en el posesivo— con los grandes: Borges, Proust, Joyce, Shakespeare. Ahí es nada. Con nada me refiero al prologuista, que siempre exhibe un portentoso canon de lecturas como prueba de su excelencia intelectual. En su ceremonia de coronación, el prologuista puede ayudarse de una fotografía en cuyo fondo exhibe su biblioteca, testimonio gráfico de la inmensidad de su conocimiento y, como consecuencia, la ineptitud sugerida o implícita del lector. Esta ineptitud exige de la docencia camuflada de un mal prólogo; es decir, de cualquier prólogo.

De lo anterior concluyo la necesidad de promulgar leyes que, dotadas de un régimen sancionador, gobiernen los prólogos, su número y alcance. Pero no existen ni leyes ni sanciones y lo que sí existen son manos, muchas manos, especializadas en su escritura. Emplean una jerga eficaz y laudatoria que incluye expresiones como «experiencia difícil», «novela iniciática» o «trayectoria caleidoscópica». ¡Puaj! Los prologuistas descubrieron el libro que halagan al borde de un abismo vital —y yo me pregunto: ¿por qué nadie los empujó?—. Su lectura, catártica, sucedió como un regalo inmerecido, por una casualidad combinatoria. ¿La lectura,

una salvación? Por favor. Nos salva el trasplante de un órgano, sustituir a tiempo un neumático, masturbarnos, decir que no a la última copa, gobernar nuestra ansiedad. ¿Pero la lectura? Ja. La exageración de los prologuistas es ridícula. Dan risa, transmiten pena. Esta exageración los conduce a la mentira: escriben pensando que, una vez cobren por sus palabras, devolverán una cuota de la hipoteca. Yo los animo a que la devuelvan, que ya está el mundo lleno de morosidad, ellos los primeros, pero que luego se encierren en sus casas y desaparezcan.

En los prólogos la exageración redentora compite con la vulgaridad. Los prologuistas son esas personas que, sin venir a cuento, se arremangan y muestran la piel de gallina o, lo que es peor, una perspectiva de pelos erizados. Pregonan sus emociones con una mezcla de exhibición e inmodestia: ellos tienen el patrimonio de los sentimientos, sus más altas cotas. De un contacto con un prologuista deviene una ducha inmediata: un proceso purificador que nos recuerde que la emoción, en verdad, aguarda al final de una escalera, tras unos peldaños misteriosos que, a cada altura, eleven la curiosidad y aceleren la mirada.

Mirada. Mirada y movimiento. Mirada al horizonte. Horizonte. Horizonte y acción. Todo hombre alberga el espíritu de un colono, de alguien que aspira a ser pionero y dar los primeros pasos. En su ardor, el colono arrastra la maquinaria explosiva de una cuenta atrás, porque compite con otros. Su triunfo no concluye alcanzada la meta: debe retroceder hasta el punto de partida y, desde allí, repetir el itinerario. La hazaña se inscribirá en la historia y su épica la cantarán una y otra vez las palabras. Puesto que la literatura nace de esa ancestral actitud exploradora, debemos concluir que nuestra naturaleza íntima, universal, es la del prologuista: todos soñamos con alumbrar un hecho que después sea compartido y celebrado. En cada uno reside el latido de un explorador que,

cuando despierta, cuando despierta y de nuestro cuerpo sale, cuando despierta y de nuestro cuerpo sale y se aleja sin nosotros, cuando despierta y de nuestro cuerpo sale y se aleja más y más sin nosotros y avanza y avanza y avanza y lo perdemos, nuestro yo, que fue su hogar, persigue en vano su huella y, sólo cuando se detiene el latido, se reintegra el explorador al cuerpo y otra vez somos uno, podemos festejar la unión de mirada y movimiento, de un horizonte que hoy nos pertenece y de una acción que pronto será escrita. En tal festejo flota un código de conducta y una forma de ver y de actuar. Al compartir su experiencia feliz, el héroe se transforma en prologuista y transmite al resto el malestar de una derrota: su narración silencia el destino amargo de ese otro viajero cuyas botas, al pisar tierra firme, se toparon con las huellas de un territorio sin épica, ya descubierto y narrado.

¿Vale la pena memorar esta celebración? Regresando una y otra vez al camino atento que marcan los mapas, ¿no se anula el placer de lo imprevisto, de las rutas secundarias que nos susurran otras rutas secundarias? En un mundo saturado de información, ¿dónde queda el abrigo oscuro de los callejones, de las tapias que, derruidas en medio del campo, esconden lo que aún no está escrito porque nadie fue hasta allí? Todo prólogo anula la posibilidad optimista del extravío. Celebran, por el contrario, una felicidad próxima, accesible y doméstica que puede ser repetida, pues basta con seguir sus pasos, pero que sabe a premio de consolación. El engaño de un prólogo es doble: primero, porque hablan de la felicidad como una materia, pero la felicidad no es algo tangible, sino más bien un fluido del azar, la torpeza afortunada de encontrarnos con un sueño que, a veces, ni siquiera soñamos, y, segundo, porque la felicidad es inalcanzable, pues cualquier existencia —y en este punto habrá consenso— no es sino una sucesión de fracasos de

diferente magnitud. De ahí que toda celebración de la felicidad sea una mentira y, dado que los prólogos festejan un hallazgo, su cualidad alegre de cima descubierta es falsa.

En los prólogos, por lo tanto, nos espera una emboscada antes que una luz. Son un atajo más que una indagación; un sistema de balizas que nos dirigen a través de un paisaje y hacen que el paisaje, fácilmente explicado, pierda interés. Por ese paisaje transita un falso explorador. En ese falso explorador cuya voluntad es terca y que parece buscar el origen de su propia terquedad, en ese falso explorador que en su cansancio delira y ya sólo vislumbra cierta luz dilatada y deforme en sus pupilas, porque el mundo dejó de alumbrarlo bien y lo recibe siempre en eclipse; en ese falso explorador que ignora u olvida que la verdad no se aloja sólo en su cabeza, en ese falso explorador puedo apreciar su tenacidad ciega e infatigable —virtud que tal vez sobrevaloro porque no la cultivo— pero detecto una radiación terrible, igualmente ciega e infatigable, de monotonía, porque ha sido empujado por un prologuista a recorrer un camino antiguo. Si abandonamos, hace ya mucho, nuestro interés por los cochecitos eléctricos, los cuales, también de forma monótona, estaban condenados a transitar por un surco, ¿qué razón resta para creer en los prólogos, raíles que obcecan nuestra forma de mirar el paisaje y hacen de lo sigiloso, de lo inesperado, el error de una línea industrial?

Es por su previsibilidad por lo que los prólogos me recuerdan a las autopistas: espacios de tránsito diseñados para alcanzar con rapidez su propio abandono. Espacios donde las curvas cuestionan la solidez del discurso único, lineal, y se disimulan mediante larguísimos pies de página que, a la manera de carteles publicitarios, hinchan la mirada de erudición inútil. De esa forma las autopistas gestionan, en inercia paralela, movimientos y

emociones homogéneos, repetitivos y encadenados. Ninguna de estas características refleja el riesgo curvo de la literatura y de ahí que podamos definir una última ley de los prólogos, la espacial, que dice así: las mejores obras circulan bajo los efectos del insomnio, son el abanico de luz de un coche diminuto, contemplado cenital desde la ventanilla de un avión, un coche que avanza por una carretera invisible, devorada de oscuridad, y cuyos faros biselan el tedio negro de la línea recta y suscitan el asombro ante nuevos ángulos y espacios. Sus prólogos, de existir —e incumpliríamos la primera de las leyes—, deben asemejarse a esos textos que iluminan y ser también un tránsito al margen, un camino separado del texto, pero a la vez unido admirativamente a él. Un prólogo que abra la obra con el simple mecanismo de una cremallera y avive un deseo o un temblor, porque el fin único de un prólogo, si su refutación no es posible, reside en bordear la realidad, confirmar su curvatura y, por fin, con la suavidad de un fuelle, soplarla, apenas soplarla mientras más allá, en la autopista, se certifica que siguen y seguirán avanzando, en un sentido y otro, sin tocarnos, la procesión de ideas repetidas, el rumor de buenas y malas obras y malos y siempre malos prólogos, prólogos huyendo con eficacia inútil de su previsibilidad.

¿La razón de este prólogo? Han tardado en preguntármelo. ¿Es porque mi cuenta bancaria sufre, como la de cualquier prologuista, el zarandeo de los consumos de agua, gas, electricidad, también el alquiler o la hipoteca y el futuro negro de las noticias? ¿Es porque sueña mi cuenta bancaria y también su titular con el alivio económico de un prólogo? El sueño de ser escritor —de vivir de la escritura, para ser preciso— es, como cualquier sueño, una mezcla de terquedad y desmemoria: los sueños se repiten, luego se olvidan y no aprenden de la experiencia. Te dices frente al espejo que algún día cobrarás tu

prólogo y a continuación das media vuelta, sin permitir que el espejo se tome unos instantes, razone y te responda. Rechazamos la espera porque sabemos bien, tristemente bien, cómo acaban estos negocios. Entonces preferimos darle la espalda a la realidad, apagar la luz, sonreír al miedo y creer que sí, que algún día, que algún día nos lo pagarán y que no sólo lo cobraremos algún día, sino que el prólogo será entonces un pasillo oscuro que lleva a una puerta que abre un salón donde empieza, de verdad, nuestra escritura, aquella que nunca sucede, siempre condicionada por algo que la obstaculiza.

Y pese a que lo anterior es norma, la razón de este prólogo es de otra naturaleza y justifica su existencia. Acepté la insólita tarea de cuidar a un animal. Después llegó otra petición: escribir un texto sobre esta experiencia y desde la voz del animal. Me asomé entonces a la ventana, encendí un cigarro y simulé estudiar concentradamente qué debía hacer —como si de verdad creyera en la alternativa de no aceptar el encargo—. Lancé al aire la colilla y ella y yo debimos de tocar la acera a la vez, porque salí de casa muy rápido, lleno de entusiasmo, y caminé feliz, ignorando el destino de las cuentas bancarias, de los prologuistas y sus egos hambrientos, ignorando las tergiversaciones, la altivez, los excesos de todo signo, también cualquier aspiración egoísta —aunque legítima— de lograr un mérito personal. Mi objetivo era ser carretera al margen y darle voz a quien vino, amé y marchó.

Me refiero a Odiseo, el perro que protagoniza esta historia. En mi apartamento, sobre el sofá, durante nueve meses, me observó con ojos de profeta. No debería contar cómo llegó hasta mí, ni tampoco su marcha. De hacerlo, dañaría una historia donde el suspense, como en cualquier historia, tiene su importancia, no tanto porque los hechos se expliquen conectados entre sí, sino por privarlo, con esa anticipación, del valor aislado de los mismos,

trenzados sólo por el azar de coincidir sobre una misma persona. Adelantando la llegada de estos, barajando las conjugaciones verbales, rastreando en cualquier acto su efecto en los demás, haríamos literatura donde sólo hubo, y no es poco, sorpresa.

Porque una sorpresa fue la aparición de Odiseo en mi vida. Yo, que nunca tuve un animal doméstico ni tampoco nadie a quien cuidar, descubrí, a la vez, la necesidad de tener compañía y ser compañía. Odiseo y yo subimos con nuestra felicidad, circular y absoluta, a un teleférico de aprecio. Desde allí atisbábamos el mundo y el mundo, a nuestros pies, nunca nos rozaba. Fue un amor inesperado; más que amor, rendición. Me pregunto cómo empezó nuestra entrega: cuándo prendió la llama y qué rumbo tomó. Estoy convencido de que el tiempo igualó nuestro amor y de que todo, todo habría continuado igual sin la aparición de esa persona —no debería contarle— que surgió de la niebla, que accionó el freno, que nos pidió bajar del teleférico —¡de nuestro teleférico!— y que hizo que abandonáramos cada uno, para siempre, la existencia del otro.

Hasta esa noche, habíamos compartido nuestros sentimientos de una forma natural, como si, en nuestro teleférico imaginado, los movimientos de subida y bajada respondieran a una inercia lógica. Sobraba el motor del lenguaje: funcionábamos gracias a la proximidad y de esta forma nos protegíamos. En la calle me transmitías tu temor tensando la correa. De tus miedos hice inventario: las rejillas de ventilación, el rugido de las motocicletas, otros perros, el borde de un andén. ¿Eras consciente de la fortuna de estar vivo? ¿De los momentos en los que la muerte te llamó?

Al volver de la calle sustituías el miedo por el cansancio. Un principio débil, aunque expansivo, de calma rodeaba tu sueño igual que una aureola. Parecías otro animal y yo, de alguna manera, también, pues mis debilidades y fortalezas coincidían con

las tuyas y de ahí que, tras regresar al apartamento y cerrarse la puerta, se multiplicara mi estado de quietud y amor hacia ti. Tu compañía era un soporte fiel; amarte, una actitud natural.

Y contra ese amor, el lugar común. Cuántas veces escuché que un animal doméstico imponía a su dueño una fatiga. Para aliviarla, el dueño debía mantener su rol de líder, aunque, en el ejercicio de esta férula, yo detectaba más bien maltrato. Los códigos severos de disciplina animal facilitaban la tarea y descanso del dueño, pues, reiterando su condición firme de líder, le evitaban corregir y castigar *a posteriori*, con más tiempo y desgaste, malas conductas. Este sistema penitenciario garantizaba también la felicidad del animal, como si el destino de cualquier cuadrúpedo fuera agachar la cabeza y someterse a la disciplina de su amo. Así lo argumentaba un colega de la oficina, traductor y sesentón igual que yo. Nunca supe si en verdad amaba o no a los perros. Para él, una hostia a tiempo lo arreglaba todo, y sospecho que no se refería sólo a los animales.

Condicionado por este pensamiento común, tardé en advertir lo contrario: que los animales tienen voz propia, que en ocasiones cometen errores, pero que en otras hacen, de su manera de comportarse, magisterio. Gracias a Odiseo supe que el tópico de la jerarquía del hombre sobre el animal carecía de sentido o, por lo menos, de un sentido único: ahora pienso que, más que una línea de poder, hombre y animal son los extremos de un mismo balancín cuya biela, imprevisible, gira de forma, ora adulta, ora infantil. Identificar a un hombre y a un animal en cada uno de esos extremos y de una forma fija sería una simplificación errónea.

Del magisterio de Odiseo destacaría su medición atómica del tiempo, que movía el mío hacia rutinas cuyo fin, y de manera imperceptible, te exigía. La ejecución satisfactoria de estas rutinas

me producía una felicidad insospechada, no sólo por su novedad, sino también por los hechos simples que les daban origen: el encanto repetitivo de nuestras caminatas, la constancia en los horarios de sueño, sus gestos idénticos con los cuales agradecía mis caricias igualmente idénticas. A la vez que le procuraba esa felicidad, tenía la certeza triste de que Odiseo, tan endeble, tan efímero, era lo más sólido a lo que me podía agarrar. Odiseo encarnaba la dicha del instante y el miedo al porvenir, un mañana inhabitable porque arrastraría su ausencia.

También aprendí de su espíritu curioso e impaciente. Frente a su hocico las calles amanecían llenas de novedad. Todo debía ser olido y observado. En esta fiebre exploradora no había contradicción alguna con su espíritu lánguido, pues la misma parecía demandar una necesidad honda de reposo que Odiseo alcanzaba sobre el felpudo cuando, de vuelta a casa, satisfecho ese carácter indómito y yo a su lado, en cuclillas, limpiándole las pezuñas de tierra, notaba la respiración pausada, aristocrática, de un corazón que, poco antes, había examinado la ciudad con un frenesí invencible. Llegué a la conclusión de que Odiseo resumía, a la vez, un ímpetu curioso, infantil, de permanente búsqueda, pero encajado —quién sabe si por error— en un cuerpo endeble, inclinado al miedo y a la prudencia, y desde esta dualidad se enfrentaba a la vida con una fuerza nerviosa a veces, con una actitud sedentaria otras, pero, en lo profundo, aquello que lo caracterizaba, el rasgo desde el cual brotaban luego comportamientos afines o no, era su ansia de reposo y una indolencia cercana a la holgazanería.

En cuanto a mi actitud hacia él, qué decir. Puede que lo enseñara a cuidarse en la ciudad —si es que no contaba ya con tal destreza— y, por qué no, a intervenir en mi organizado mundo de costumbres. Y poco más. Le di comida, paseos y silencio: los mismos ingredientes de mi existencia. Compartimos el amor

único y raro por su antiguo dueño. Subiendo en el ascensor tras dar una vuelta, comenzaba a desatarle la correa fucsia —no elegí yo el color— y Odiseo, liberado, corría deprisa por el pasillo para olisquear, tal vez con tristeza, el travesaño inferior de la puerta contigua a la mía, una vivienda que abandonó un lunes de marzo para no volver. Mientras yo me cacheaba los bolsillos, demorándome en la búsqueda de unas llaves que siempre perdía y siempre encontraba, antes de abrir por fin la puerta y llamarlo sin éxito, me fijaba en su hocico vertical, investigador, haciendo perímetro sobre la hoja de la puerta. Quizás el olor de su antiguo dueño o el suyo persistían, recordándole el pasado que allí se bloqueaba, o quizás su exploración no hacía memoria, sino que registraba una ausencia persistente, porque tenía la cualidad dolorosa de repetirse a diario. Durante ese instante entre Odiseo y yo, pero también Odiseo y yo duplicados, sobre un espejo pañoso al fondo del pasillo, pensaba en nuestros roles, en lo que aportaba uno al otro, y me gustaba aventurar qué hubiéramos sido cambiando nuestros papeles: yo un animal ágil y audaz, extremo en mi reacción ante el peligro, aunque metódicamente vago; Odiseo un hombre solitario, tranquilo, amable, a ratos feliz, aunque ensombrecido siempre por un miedo tenaz; Odiseo un hombre enamorado de un animal por razones posiblemente patológicas que sobrepasaban al mismo animal. ¿No era este amor, como cualquier otro, sino una forma inesperada, excesiva, de felicidad ajena? Pero qué iba a saber yo, Mateo León, del amor. Y qué les importará a ustedes, lectores, conocer lo que yo piense del amor.

Sí deberían conocer, por el contrario, mi intervención en la historia de este manuscrito. O, para ser más exactos, en la vida de Leonardo, su autor. Tal intervención explica que aceptara inmediatamente el encargo del prólogo y, aunque antes negaba cualquier maestría sobre el amor, juzguen ustedes si el recuerdo

que les traigo ahora, antes de que Odiseo tome la palabra, no es sino una muestra de tal sentimiento. Juzguen, pero no me acusen de altivo —según la ley termodinámica de los prólogos antes expuesta— cuando sostengo que, si existe este libro que están leyendo y que tiene por título *Odiseo*, es gracias a mí.

No piensen que me apropio de su autoría —concepto por lo demás sobrevalorado, pues la historia de la literatura nos muestra que nada cambia si un autor es desconocido, falseó su nombre o guardó anonimato—, ni tampoco de su custodia material —pues aunque intervine en el transporte de la obra, sólo supe de su existencia y contenido tras morir su autor—. Si *Odiseo* existe, y lo afirmo y reafirmo con una rotundidad calificable de altiva, es porque su autor vivió y sobrevivió —no existe énfasis— gracias a mí. ¿Me estoy repitiendo, enredando en esta idea, difiriendo su desarrollo? Puede que sí, pero es por el goce breve de sentirme importante. Y, porque importante es lo que ocurrió, un punto aparte está justificado.

Fui el centinela de Leonardo Agualusa. Su ángel de la guarda. ¿Qué o quién me movió a cuidarlo? ¿Tal vez fui yo, al verme reflejado en él, quien convirtió en ajena la compasión propia y protegerlo a él era, entonces, la consecuencia de protegerme yo? No sé responder a esta pregunta. Es evidente, sin embargo, lo peculiar que fue nuestra relación, en la que uno entregó su ayuda, otro la aceptó y ambos, en la práctica, dialogamos sin lenguaje, usando en su lugar un magma de ruidos y rutinas, de puertas y horarios que seguían la severa disciplina de una orden monástica y que, gracias a su regularidad, me ayudaban a saber de él y me permitían desplegar, con la debida y deseada frecuencia, mis gestos de afán protector.

Enumerar tales gestos sería una empresa larga y pudorosa; cuidar de su perro durante ocho meses fue uno de ellos —quién

sabe si porque Leonardo no tenía otra alternativa o porque esa alternativa era la mejor para el animal—, pero aquí mencionaré otro, muy notable, porque, aunque su recuerdo es obsesivo y merodea una y otra vez por mi memoria, guarda el misterio de su origen, aquellos presagios que lo desencadenaron. Puede que todo empezara en las nubes de humo que intentaban huir de su dormitorio, tanteando las paredes, el techo, la puerta, el espesor de una cortina; puede que el presagio viniera de esas nubes de humo huyendo, inteligentes, por el cajetín del enchufe que, en un mismo punto del tabique, conectaba nuestros dormitorios y enredándose con mi humo, el humo de dos fumadores, aunque yo sólo viera un único cigarro; puede que fuera el silencio nuevo de un vecino que, recién acostado, siempre tosía; o puede que fuera al revés, y el indicio surgiera de una voz imprevista, el ladrido de un perro que jamás ladraba. No lo supe entonces y tampoco hoy mientras lo recuerdo y escribo, pero lo que recuerdo bien es que una sospecha me expulsó del apartamento, me hizo correr hasta la puerta de Leonardo, golpearla, golpearla, golpearla sin éxito, confirmar el temor, volver a mi vivienda y volver a la de Leonardo para, tras llamar, otra vez sin éxito, abrir con facilidad su puerta gracias a una radiografía de mi tórax.

Me recibieron, en este orden, oscuridad, humo y el pánico de un perro que huía hacia el ascensor. Entré. No conseguí encender la luz: los interruptores jugaban al escondite. Hasta su dormitorio me guiaron un globo enorme de humo, que yo hinchaba con mi miedo, y una neblina luminosa, de noche escocesa. Avancé a gachas, tentando la pared con las manos de un niño que está aprendiendo a caminar. También fue infantil mi asombro al descubrir fuego en el dormitorio. Sobre la cama encontré su cuerpo inconsciente. No me pregunten cómo logré apartarlo de las llamas, ni por qué fortuna seguía con vida. Desconozco los detalles sobre

la extinción del fuego. Más tarde, escucharía que brazos invisibles lanzaron palanganas rebosantes de agua y que fue clave la ayuda de un extintor. Sí que guardo la sensación rara de que se cruzaron los tiempos, de que el presente se enredó de futuro y de que, en mitad del pánico, reflexioné sobre quién, cuándo y dónde compraría un colchón y un juego de sábanas, y también sobre quién, cuándo y cómo sustituiría el parqué y pintaría las paredes y el techo, completamente calcinados. ¿Fue entonces cuando pensé en la compañía de seguros y su farragoso peritaje? ¿Fue entonces cuando me sentí útil y feliz ayudando a Leonardo? Qué raro lo que uno piensa en momentos de ansiedad; como si, entonces, lo importante y lo accesorio se confundieran.

Y quizás es accesorio mi imagen dentro de la ambulancia donde, sentada cerca de mí —porque todo está cerca dentro de una ambulancia—, había una enfermera joven llamada Sofía, con la nariz pecosa, el pelo cortado por su peor enemigo, la piel láctea y una larga frase cursiva, creo que en español, tatuada en el antebrazo, pero que no pude leer pues mis gafas estaban en el dormitorio, un lugar al que dirigí la mirada después de que Sofía, tras medir mi ritmo cardíaco y comprobar si tenía quemaduras, preguntarme mi nombre y apellidos, fecha y lugar de nacimiento, estado civil e incluso qué había cenado esa misma noche, y habiendo quedado satisfecha con el diagnóstico y las respuestas, decidiera administrarme oxígeno. Lo hizo mediante una ruidosa mascarilla que me ajustó al rostro con una cinta elástica. Luego me pidió que, con cuidado, echara la cabeza hacia atrás y, desde esa posición y gracias a la puerta entornada de la ambulancia, pude ver una luz azul bailando sobre los ladrillos y, en la tercera planta, la nube de humo negro huyendo de la vivienda de Leonardo. También logré distinguir mi ventana y la puerta de mi balcón abiertas, así que alguien debió acceder

a mi apartamento. Visualicé las gafas solitarias que me habrían ayudado a leer el tatuaje de un antebrazo que ahora, próximo a mis ojos, desataba la cinta al tiempo que una voz, que no era la de Sofía, me invitaba a salir, porque Leonardo estaba fuera de peligro, lo cual no era un dato accesorio sino importante, pero debían subirlo a la ambulancia y trasladarlo al hospital.

Al sonido agudo de la sirena lo substituyó un silencio colectivo, el de los servicios sanitarios, la policía y los bomberos, como si no fuera tarea de nadie indagar en por qué una persona casi muere al quedarse dormida mientras fumaba; como si los accidentes fueran un patrimonio negro de la estadística, nada pudiera hacerse salvo aguardar su ocurrencia y, tras ella, solamente ese silencio profesional, aséptico, de enfermeros y policías y bomberos partiendo a la vez por las escaleras, casi al alba, en un rumor descendente de plástico y cansancio.

Tampoco comprendí el silencio de los vecinos que, arracimados primero en la calle y después en el portal donde el desvelo y la fatiga los unía en su mudez, apenas si comentaron, una, dos voces, y entre los bostezos de los demás, la acumulación selvática de objetos en la vivienda incendiada, para volver después, con el permiso de la policía, al calor de sus dormitorios abandonados.

El silencio se mantuvo en la siguiente junta de propietarios, convocada con carácter de urgencia, y donde la instalación de una antena televisiva dejó en segundo plano la memoria del incendio. Aconsejar mediante carteles que no se fumara en las viviendas y substituir el extintor utilizado fueron apenas las decisiones acordadas por la comunidad frente a lo ocurrido.

Y porque los días avanzan, siempre avanzan y dejan atrás su propia explicación, fue por lo que, transcurrido algún tiempo, asocié esa voz muda y colectiva a la indiferencia: a ningún vecino le importaba la vida de Leonardo Agualusa, incluso si, por culpa

de ese vecino, su propia vida hubiera peligrado. Los tabiques de cada vivienda me parecieron a la vez un eficaz servicio secreto, pues ayudaban al espionaje entre vecinos, pero también un cortafuegos —en este caso de forma literal— a los problemas de los demás.

Existía tal vez, en el silencio amplio que rodeaba a Leonardo, un fondo de reproche: la certeza de que el dolor ajeno podía aliviarse, aunque nadie hiciera nada al respecto, y, por lo tanto, de que la existencia de ese dolor revelaba una insensibilidad colectiva. En mi caso, por el contrario, el hecho de que compartiera pared con un hombre mudo, frágil y amante de la soledad multiplicó mis ganas de ayudarlo. De ahí que, tras el incendio y orillando el desdén vecinal, redoblara mis tareas de vigilancia: perseguía haces de luz bajo su puerta, me aliviaba oír el ruido de la ducha, de un transistor y también de su recital de tosidios nocturnos; encontrarnos en el portal, certificar que recogía el correo o sacaba la basura eran pruebas de tránsito y, por lo tanto, de vida y de su vida, mi alivio. El cajetín que separaba nuestros dormitorios devino un sistema nocturno de alarma gracias al cual pude, próximo aunque invisible, cuidarlo.

Nunca le conté a nadie mis rutinas de vigilancia, anticipando que nadie las habría querido escuchar o, aún peor, que nadie las habría entendido; y es que buscamos siempre, y siempre sin éxito, justificar aquello que hacemos en la vida cuando, por el contrario, la mayor parte de lo que hacemos en ella carece de explicación o la explicación, de existir, es más débil o simple de lo que pensábamos y es por tal debilidad o simpleza por la que nunca acabamos de creer en nuestras motivaciones y, de hecho, nos cuesta, como naipes de una mala mano, mostrárselas a los demás. De ahí que hiciera íntima, secreta, la semilla de felicidad que era cuidar de Leonardo, protegerlo del mundo y de sí mismo. Gracias a él

descubrí que en la vida se presentaban, azarosas, ciertas metas enigmáticas por las cuales valía la pena el esfuerzo, aunque esas metas una las persiguiera clandestino, en un silencio de novela de espías, intuyendo que estaban fuera de tiempo y de lugar o de los dominios estrictos de la lógica. Así fue la ayuda que le brindé a Leonardo, pero no es menos trascendente el hecho de que esa protección, aunque callada e inexplicable, sirvió también para proteger, y su impronta sí fue algo público y natural, a Odiseo, un perro al que, la noche del incendio, encontré solo, temblando sobre el sofá raído del portal, próximo a un charco de pis; un perro que pasó esa noche y la siguiente tumbado en mi cama, del lado de la pared, durmiendo como indiferente a la trascendencia de lo ocurrido. Ninguno sabíamos entonces que esa primera noche, que aún olía a miedo y ceniza, no sería la última, pues dos, casi tres, años más tarde llegaría un intervalo gozoso, inesperado, de nueve meses juntos, rendidos a una necesidad recíproca que encerraba la feliz duda de quién necesitó del otro por primera vez.

Si por lo anterior piensan que soy un hombre bueno, están confundidos. No siempre me comporté bien con Leonardo, sobre todo cuando protegerlo suponía revelar la naturaleza secreta de mi actitud. Así fue en la historia que narraré a continuación. Yo trabajaba en la oficina de patentes y marcas, un edificio de ocho alturas situado frente a mi vivienda. Si alguna vez tuvo prestigio, como parecían indicar el mármol de la entrada o la altura de sus techos, ya lo había perdido y el edificio retrocedía ahora en el tiempo sin remedio, obsoleto y descuidado: cualquier rotura o avería eran definitivas. En la tercera planta, oculto tras un corcho lleno de anuncios sindicales, estaba mi escritorio, un espacio igual de minúsculo que mi cargo. Allí pasaba la mitad del tiempo esperando la hora de marchar y la otra mitad en tareas de traducción. Algunos trabajadores, unidos por su necesidad de

nicotina, fumaban en la escalera de emergencia. Yo era uno de ellos. Acodados a veces en la barandilla, sentados otras sobre los peldaños, se hablaba, una y otra vez, sin pausa pero sin pasión, de idénticos asuntos: la habitual crónica de fútbol de los lunes, el alivio de los días festivos y los fines de semana, las vacaciones breves, la directiva cruel, los salarios congelados, el sueño de un cambio definitivo y vital que jamás tenía otro efecto que el de su repetición. Esos asuntos, como subidos a una noria, daban vueltas y vueltas mientras la ceniza de nuestros cigarros, a modo de polvo fúnebre, caía en remolinos por la rejilla del suelo. Sin embargo, no fue ese polvo, sino la brasa viva, aún firme, de uno de ellos la que señaló al otro lado de la calle. Su faro de luz anaranjada fijó nuestra atención en un hombre de perfil, sentado frente a una pantalla de ordenador: era Leonardo.

Leonardo tenía la cabellera desordenada, como de científico de cómic, barba de prisionero y una camisa que alguna vez fue blanca. Transmitía un descuido íntimo, pero también abandono social: no se movía de su asiento y nadie se acercaba a él. Un compañero comentó que aquel hombre estático, gris y desaliñado podía ser cualquiera de nosotros el día de mañana. Esta vinculación entre la vida de Leonardo y nuestros destinos laborales, lejos de provocar pena, suscitó un cóncave de risas, una carcajada única que me resultó horrible y, a la vez, graciosa. Luego, Leonardo se levantó y, apartándose de la silla, hizo un gesto con los brazos, un estiramiento que nadie supo interpretar. Tras sentarse de nuevo y pese a la distancia, fue fácil deducir que, con los pantalones bajados y el rostro próximo a la pantalla, había empezado a masturbarse. Como movía el brazo izquierdo de una forma patética, las risas crecieron, arrastrando la mía también, y mis compañeros subieron la voz, aullaron bromas zafias, patearon el suelo metálico y se dieron codazos divertidos,

de inmadurez escolar. Alguien grabó un vídeo con el móvil y otro precisó que ahora se completaba la réplica entre la vida de ese hombre y la nuestra, pues que levantara la mano quien no se hubiera masturbado en la oficina. La escalera de emergencia tembló con las carcajadas.

Este episodio se uniría a otros idénticos formando un continuo y de ahí que no recuerde cuándo estallaron las risas por primera vez. Leonardo, de quien sostuve no conocer de nada, fue bautizado con el original apodo de viejo pajillero y ningún colega advertiría nunca que, al hablar de él, yo fingía sonreír. Entre risas ajenas me fijaba en su brazo izquierdo, un péndulo incapaz de parar, pero también de cumplir su objetivo, y a esta idea de esfuerzo sin premio, de meta nunca alcanzada, contribuían sus ojos, que yo veía o creía ver —quién sabe— dominados por una expresión débil, febril y remota, como mirando a un horizonte que se aparta. Aunque sentía lástima de Leonardo, me guardaba esta opinión frente a mis compañeros, quienes se reían como críos del viejo pajillero. Sus risas eran igual de estridentes cada vez que, de nuevo en la escalera, lo descubríamos en acción. Leonardo era un chiste soez que, incluso repetido, nunca perdía la gracia.

Hasta hoy me acompaña la pesadumbre por mi cobardía; el no haber empujado al vacío a ningún compañero para dejar así de escuchar tanta crueldad. Si era cierto que me inmunicé ante la indiferencia de los vecinos, abriendo sobre Leonardo mi afán protector, también lo era que me bastaban unos pasos, apenas cruzar la calle y subir a la oficina, para que este afán se difuminara. De ahí que, al tedio de mi trabajo, se uniera un doloroso sentimiento de culpa que, a las dos y media de la tarde, tras salir de la oficina, se abreviaba en rápidas zancadas hasta colmar mi ansia de protección cuando, por fin, entraba en el portal, subía al

apartamento y, de vuelta a mi rol de centinela, notaba la presencia de Leonardo detrás de la pared.

Más tarde sabría que el viejo pajillero miraba hacia la oficina de forma ocasional, pero paneles curvos de espejo revestían tanto la fachada como la escalera de emergencia y nos ocultaban a la vista de Leonardo. Fue leyendo *Odiseo* cuando me construí tras esa máscara de vidrio reflectante y añadí al acto de la lectura mi conocimiento de su onanismo. La ausencia de estas masturbaciones en el texto, y por su naturaleza autobiográfica, me hizo concluir que Leonardo nunca les dio ningún valor, ni literario ni personal ni fáctico ni de ninguna otra clase. ¿O es que se negó a escribir sobre algo que le producía vergüenza o que no le retornaba ningún goce?

Me pregunté por el comportamiento de Odiseo mientras su amo se estimulaba: puede que intentara molestarlo, llamar su atención, pero es más probable que, por lo frecuente y extenso de estos rituales, lo dejara en paz hasta que Leonardo, por fin, alcanzara a correrse. Si eso ocurría, la duda, la nueva duda, era de qué forma se limpiaría Leonardo el semen: si en el baño o si haciendo uso de un rollo de papel higiénico que tuviera a mano, o, por el contrario, en el caso de que no alcanzara culminación alguna, porque el sexo —su ímpetu y su fin— fuera sólo un dominio de la juventud, qué haría entonces Leonardo. Quizá, tras perder otra vez la batalla, se levantaría con esfuerzo de la silla, se acercaría a Odiseo, acariciaría con la mano izquierda aún en forma de cucurucho la misma cabeza afilada del animal que luego yo, ay, tocaría al coincidir con Odiseo en el rellano o en la calle. Si me preocupaban estas preguntas era porque, en nuestra soledad compartida, recurrir a la masturbación me parecía un ejercicio sano e imprescindible, una forma de que la energía sexual de Leonardo, motorizando su brazo izquierdo, se liberara,

aunque tal liberación no fuera sino un repetido fracaso. Inmerso en esas reflexiones, unidas a mi sentimiento simultáneo de lealtad y deslealtad hacia Leonardo, acariciaba en mi cabeza la ausente de Odiseo, un animal al que, por fin, hoy, ahora, también hay que liberar y al que debo conceder, por fin, la palabra.

¿Listos?

Listos.

Aquí está.

Aquí estoy.

Soy Odiseo. El perro que protagoniza esta historia.

Mi memoria comienza una mañana de sol. Bebo el agua de un riachuelo. En fila, junto a la ribera, los olmos me saludan erguidos. Después, el viento, las ramas que se enredan y buscan transmitirme un mensaje: enigma vegetal. Sus hojas tejen un mural continuo: es imposible distinguir dónde empieza y termina cada árbol. Forman un equipo y parecen no existir en individualidad. Yo, por el contrario, soy consciente de la mía: estoy solo.

Un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro. Mis extremidades siguen el curso del río. Las gobierna una voluntad que no me pertenece. Su motor es el nombre que damos a la curiosidad o el miedo. Vivo de hojas y hierbas, de frutas silvestres, de animales sin vida, de restos de basura, de arena y excrementos. Algunos peces saltan y dibujan, entre las rocas, breves arcos de plata. Entonces, mis pezuñas recuerdan su voracidad, se desperezan, se afilan, se desencajan del cuerpo, brincan furiosas hacia el pez y repiten tarde su arco, pues apenas si tocan su estela para, encorvadas, reintegrarse en mí. ¡Ay, pezuñas tenaces! Es siempre idéntica vuestra derrota: el instinto no tiene memoria ni aprende de sus errores.

Me detienen los remansos del río, cuando el agua no parece saber adónde ir. La duda es una invitación al reposo y, cerca

de la orilla, en la foresta, busco sombra y silencio. Me tumbo y aguardo hasta que mis extremidades apuesten de nuevo por la verticalidad, decidan estirarse y, otra vez, un, dos, tres, cuatro, un, dos, tres, cuatro. Soy un autómatas. Ya dije que mis actos eran la orden de alguien, aunque no sé quién. Al misterio de la autoridad se une el de mi reposo: duermo a ratos, porque el sueño y la vigilia siempre se interrumpen. También dije que estoy solo, pero no crean que la soledad me causa tristeza. Para ello debería haber conocido el mundo en compañía y, después, la amarga sensación del abandono. Es decir, el dolor por los afectos perdidos brotaría si, alguna vez, no hubiera estado solo. Si conocí la compañía, no lo recuerdo. Así que la soledad es una pieza tan natural como el río y los olmos, como la foresta y los peces inalcanzables; un estado autólogo que sucede simultáneo a otros fenómenos: la soledad y el agua en mis labios; la soledad y las moreras arqueando hacia mi hocico sus golosos frutos; la soledad y la tierra arenosa, blanda, que me permite hacer huecos y llenarlos con mi angustia; la soledad y el sueño; la soledad y el despertar; la soledad y la revelación lenta de un amanecer.

Las aguas me llevan por cañaverales estrechos, por paisajes de lenta melancolía, por planicies demoradas donde nada sucede salvo mi propósito de supervivencia. Allá, entre el campo y el cielo, tan lejano que dudo si se mueve o no, veo un jinete. Cruzo puentes, subo y bajo montañas, corro, camino, reposo, meo, cago, atravieso los espacios de un mundo en ruinas. Parezco seguir el surco de una guerra que ocurrió antes de mi llegada. Evito las poblaciones, los cementerios y sus gatos, las charcas y las ciénagas, donde serpientes y otra fauna ondulante me advierten, con un silencio lleno de sonoridad, de que estaban allí antes que yo. Un atardecer, en un bosque, las hojas de una bellísima azalea me intoxican y aprendo así a desconfiar de la hermosura.